



El alcalde Domenico Lucano, Riace.
© Elio Carrozza.







TIZIANA BARILLÀ

UTOPIA DE LA NORMALIDAD

RIACE, EL MODELO DE ACOGIDA
DE DOMENICO LUCANO

Edición a cargo de Marcello Belotti



Icaria  editorial





Este libro ha sido impreso en papel 100 % Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorin Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

Diseño de la cubierta: Kris Barnolas

Fotografía de la cubierta: Giampiero Corelli, fotoreporter

- © Tiziana Barilla
- © Ada Colau, Luigi De Magistris, Domenico Lucano
- © Traducción de Marcello Belotti
- © Fotos de Domenico Lucano: Elio Carrozza
- © Fotos de *Dante desterrado*: Giampiero Corelli

- © De esta edición
Icaria editorial, s. a.
Bailèn, 5 — planta 5
08010 Barcelona
www.icariaeditorial.com

ISBN: 978-84-9888-862-1

Depósito legal: B 18440-2018

Primera edición: agosto de 2018

Fotocomposición: Maribel Crusat

Impreso en ULZAMA (Navarra)

Printed in Spain. Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.





ÍNDICE

Prólogo, <i>Ada Colau Ballano</i>	7
Prefacio, <i>Luigi De Magistris</i>	13
Introducción, <i>Domenico Lucano</i>	15

PRIMERA PARTE CABEZOTA DURA SE NACE

Prólogo.....	21
1 El amanecer	28
2 Los comienzos.....	37
3 La política	49
4 En común	69
5 La antimafia.....	86
6 El desafío	94

SEGUNDA PARTE EL MODELO RIACE

1 Un modelo universal.....	105
2 Agua pública	123





3 La moneda local.	135
4 La Marina y el bien confiscado	151

TERCERA PARTE
EL MODELO RIACE, A UN TIRO
DE PIEDRA DE RIACE

1 El pueblo de Camini	161
Conclusiones, <i>Tiziana Barillà</i>	173
Bibliografía	179
Agradecimientos	181
<i>Dante desterrado</i> , fotorreportaje sobre Riace, <i>Giampiero Corelli</i>	183





PRÓLOGO

Ada Colau Ballano, alcaldesa de Barcelona

Cuando escuché por primera vez la historia de Dominico Lucano y de Riace, lo primero que pensé es en esa pregunta que tan poca gente se hace ante el drama de los refugiados y que deberíamos hacernos más: ¿quién salva a quién?

Para contextualizar, aunque quienes estéis leyendo este libro ya sabréis de qué va, o estáis a punto de saberlo, Riace es un pueblo de la costa de Calabria. Un pueblo que, primero en los sesenta, y luego en los noventa fue víctima, como tantos otros, de la gran crisis económica que vivió Europa y que fue especialmente dura con los países del sur. Italia, Grecia y España la sufrimos escuchando, por parte del poder, que no solo teníamos que aceptar una austeridad impuesta que vulneraba todos nuestros derechos, sino que además era culpa nuestra por haber querido vivir «por encima de nuestras posibilidades».

Los jóvenes de Riace, empujados por esa austeridad homicida neoliberal y salvaje, abandonaron el pueblo para buscar trabajo en las grandes ciudades. No es una excepción: Europa está llena de pueblos abandonados o semiabandonados donde solo quedan personas mayo-





res que tienen que ver cómo sus pueblos van desapareciendo precisamente por falta de vida.

Domenico Lucano, más conocido como Mimmo Lucano entre sus amigos, era entonces un profesor de química emigrado al norte de Italia que veía las escuelas de su pueblo sureño a punto de cerrar por falta de niños. No creo que sea casualidad: quién mejor que un profesor de química para saber que hay mezclas que, objetiva y empíricamente, crean condiciones que facilitan la vida. Cuando llegó al pueblo la primera patera de las muchas que iban a llegar a las costas de Calabria, Mimmo tuvo una idea. Una idea tan sencilla como obvia, porque las grandes ideas suelen ser sencillas y obvias: si su pueblo estaba a punto de morir por falta de gente, y estaba llegando gente que estaba a punto de morir y solo necesitaba un refugio para conservar su vida, la ecuación era tan sencilla como evidente: Riace podía acoger a esa gente, darles un hogar de los muchos que empezaban a deteriorarse por el abandono, y entre todos podían emprender el gran reto de no dejar morir a Riace.

La idea se materializó. En 2004, ya alcalde del pueblo, Lucano se convirtió también en una de las personas más influyentes de Italia. Había descubierto una «fórmula», quizás la mejor que un profesor de química puede encontrar: los migrantes salvaron el pueblo, y el pueblo salvó a los migrantes. Hoy en día la actividad económica ha renacido: se han abierto pequeños comercios, panaderías, talleres de artesanía y el colegio vuelve a estar lleno de niños. En la entrada del pueblo hay un letrero con las 20 banderas de las distintas nacionalidades que conviven en él.





Hagamos el esfuerzo, por unos momentos, de imaginar que Riace es Europa. Un continente envejecido, cada vez más cerrado en sí mismo. Una unión de países que corre el peligro de olvidar para qué se unió, que no fue solo para «crecer económicamente» sino para defender la vida y los derechos humanos después del desastre que supuso la Segunda Guerra Mundial.

Europa envejece. Y a sus costas llegan cada día embarcaciones llenas de personas jóvenes y valientes que se han lanzado al mar con lo puesto y lo han dejado todo atrás solo por salvar sus vidas. Por qué, me pregunto, los estados se empeñan en verlos como una amenaza. ¿Por qué no podemos pensar todos y todas como ese humilde profesor de química, que vio en el «drama de los refugiados» una oportunidad para una «mezcla de elementos» que generaría vida, recursos, trabajo, energía?

Por eso vuelvo a la pregunta que he planteado al principio... ¿quién salva a quién? ¿No podemos verlo como algo mutuo y recíproco? Comparemos las vallas, las concertinas, los barcos llenos de personas como tú y como yo hacinadas a los que no se les da permiso para atracar en ningún puerto. Comparémoslo con el recibimiento que tuvo Riace con los «recién llegados». Y veremos empíricamente (no desde ese «buenismo» del que se nos acusa a quienes defendemos la acogida como un derecho y una obligación) cómo cambia todo dependiendo del enfoque que se le dé.

No podemos olvidar que los flujos migratorios NO son una novedad sino una constante en la historia de





la humanidad. Nuestros padres, madres, abuelos, abuelas, bisabuelos y bisabuelas fueron migrantes, porque siempre ha habido guerras, hambrunas, odios dirigidos hacia una etnia o religión y mil motivos más que obligaban a la gente a salir corriendo con lo puesto y a confiar en la empatía de los otros. Una empatía que, por el bien de todos, hemos convertido en un «derecho» internacional para los que huyen y en una «obligación» para los que acogen.

Así hemos evolucionado como humanidad, le guste más o menos a esa extrema derecha que vocifera y utiliza el miedo como su mejor arma. Sin intercambio, sin mezcla, sin aprender unos de los otros: ¿qué seríamos?

Si miramos atrás, veremos que la «experiencia Riace» nos lleva siempre a la misma disyuntiva. No hay opción a acoger o no acoger, porque cuando la vida está en juego cualquiera hará lo que sea por salvarla. Seguirán llegando barcos. Seguirán llegando cientos de personas por tierra mar y aire. La única opción que tenemos es acogerlos bien o acogerlos mal. Lucano lo sabía, y la experiencia de Riace demuestra cada día que todos podemos potencialmente entendernos y que todos podemos crear algo juntos, algo incluso mejor de lo que teníamos.

La otra opción, que no lo es, tiene como base el odio, el miedo, y la «deshumanización del otro». Eso no es sostenible y solo lleva a la muerte.

Y aún así, no podemos despreciar ese miedo: hay que entender qué hay detrás y mirarlo de frente, porque negarlo o despreciarlo es la mejor manera de que se abra paso.





Desmontar el miedo es el reto más importante que tenemos entre manos para que Europa siga siendo Europa. Rice se ha convertido en la mejor metáfora sobre la disyuntiva a la que se enfrenta Europa. El mejor ejemplo de que «acoger» no solo es una obligación moral y legal, sino que puede ser una oportunidad para «ir a mejor», si se hace bien. Y las ciudades estamos más que dispuestas a hacerlo. Pero necesitamos los recursos y la confianza que los estados no quieren darnos.

La filósofa Hannah Arendt describió qué era, en tiempos de crisis y de «deshumanización del otro», ser «una persona extraordinaria»: la que actúa como deberíamos actuar todos en cualquier momento. En ese sentido, Lucano es, sin duda, una persona extraordinaria y un extraordinario alcalde. Y Riace un pueblo extraordinario: porque hacen lo que deberíamos hacer todos, construir juntos un futuro mejor.

